



Índice

Portadilla

Legales

Ensayos bonsai

Tarde en la noche, viendo a Cortázar

Rumble Fish: la cantinela eterna de los mitos

Los demonios del señor Eliot

The Piper se tomó el palo

«Viaje al fin de la noche»

Función social de la poesía

Yo que crecí con Videla

Charlas con el Dragón: La canción es la misma

Permanencia bajo el arce

El Rey de la Comedia

La solarística

Castaneda revisitado

Odio contra la máquina I

Odio contra la máquina II

Soriasis

El Diablo

Señales de una causa personal

Serrat el orto

Waiting for the Mundial

Andrés Caicedo: el atravesado

Retrato del artista cachondo

La epopeya del bebedor de whisky

Rita y Bertoni

La repetición

Beckett: El galán metafísico

Me gustaría ser un Alemian

Este es mi amigo Strozza
Nadie, zafa, nunca
La Bestia Salvaje
Valeria Masa
Caminando por el lado salvaje
Abbey Road
Silencio, destierro y astucia
El viejo letal de Indianápolis
La reacción
Exit

Breves apuntes de autoayuda

El Gordismo
Los libros de la buena memoria
El retorno a Borges
Ejercicios de respiración
Fort Falcon
El boxeador
Reencarnación
Heidi metal
El jardín antifascista
Esperando a los bárbaros
Todos tus muertos
Los últimos días de Sylvia Plath
Simpatía por el Demonio
Por el camino de Swang Song
Doble esclavo
Gorriones
Lorena
Elogio de la sombra
Diosiderio
La migración

El castrador oculto
Días felices con Charlie Feiling
El bocadillo de Delfor
Cabeza de turco
La Voz Extraña
La era de la sospecha
El compositor entrerriano
Matrimonios y algo más
El poeta maldito de la clase media
Visita al pediatra
El viejo león del Zoo

La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún

Un día en la cancha
V. S. Naipaul: con permiso para matar
Spinetta
Breves apuntes de autoayuda
Mi vecino Nahuel
Nudos borromeos
El libro de los pasajes
El arte de la no espada
El Padrino I, II y III
Blackberry
Formas de volver a Zambra
Handball
La montaña
Lovely Rita
Otro ladrillo más en la cabeza
Mi lucha
La venganza de Palito
Hijo de Dios
Mujer maravilla

Hologramas del pasado

El teatro de operaciones mentales de Salvador Benesdra

El Nestornauta

La supremacía Tolstoi

Coda. La Solarística

El taller nómade

La última tentación

La era del capital

De Poe y Valery a Ricardo Zelarayán

Un amor especial

Satélite de amor

Los destinos y la repetición

El taller nómade

Recuerdos del Pantano

La nueva zanja de Alsina

Lo que yo no sé de mí

Johnny en Zugzwang

Un manojo de nervios retorcidos

Sobre *Rapado*, de Rejtman

Bienvenidos a la repetición

Balada del hombre flaco

Juan José Saer, El Grande

Sobre la amistad

Últimos poemas

Manual para el usuario

El padre de la invención

Seis de copas

Los siete prólogos

El retorno de *El carapálida*

Un mundo para Julio

Fragmentos de una enseñanza desconocida

El vaquero
La conjetura sónica
Dos canciones decadentes
Arriba del Rompehielos
Huele a espíritu arborescente
Teoría de la eficacia
Recuerdos de la máquina soltera
La resurrección de Ordet
Aira, autor de *Ciencia Micción*
El último hincha de la Tierra

Trayendo a casa todo de nuevo

Fabián Casas

Trayendo a casa todo de nuevo

Casas, Fabián

Trayendo a casa todo de nuevo / Fabián Casas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-04-3839-1

1. Ensayo Literario. I. Título.

CDD A864

© 2016, Fabián Casas

Ilustración de cubierta: Santiago Motorizado

Todos los derechos reservados

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3839-1

Versión 1.0

Digitalización: Proyecto451

Ensayos bonsai

Para Helderlin, Master of the Universe.

Lo que yo busco en la performance de cada actor es el Hamartia, un término de arquería que se refiere a la forma en que se yerra, no a la forma en que se acierta.

DAVID DUCHOVNY

Tarde en la noche, viendo a Cortázar

Antes que nada, tengo que avisar que soy un sentimental. En el cine, cualquier escena medio lacrimógena —aunque sea malísima— me hace llorar. Por eso, resulta extraño que a veces en los velatorios de seres queridos no lllore. Tal vez porque son precisamente para llorar. Soy —con el llanto— como esos tipos que se excitan para tener sexo en los lugares donde es más difícil tener sexo (debajo de la mesa de un bar concurrido, en el pasillo de la oficina, etcétera). La otra noche estaba tirado en mi cama viendo televisión y de golpe apareció Cortázar, entrevistado por un gallego letal. Era una entrevista de fines de los setenta, imagino. Lo primero que me vino a la mente fue el recuerdo de estar volviendo del centro a mi casa, en el subte línea E, con el ladrillo negro de *Rayuela* recién comprado. Tenía once años y pasaba las manos por el lomo del libro con la excitación en el pecho propia de los enamorados. Leía en la contratapa cosas como: «*Rayuela*, exasperante contranovela, libro total, denuncia de la inautenticidad de la vida humana». Lo abría, lo hojeaba. Tenía un tablero de dirección con ordenación de los capítulos para leerlos de diferentes maneras. La primera línea de la novela decía: «¿Encontraría a la Maga?», la puta madre. Todo era críptico, prometedor, maravilloso. Me acuerdo que pensé: si me leo este libro, si lo diseco y lo metabolizo en mi porvenir, voy a ser un genio inalcanzable. Después, pasaron las lecturas múltiples de *Rayuela*, después pasaron los años y el libro me empezó a parecer ingenuo, snob e insoportable, aunque jamás me pude desprender de él y ahora mora en mi biblioteca medio hecho mierda por el paso del tiempo. Hasta que finalmente llegó el día en que negué a Cortázar tres veces mientras cantaba el Gallo Airano. Listo. Pasemos a otra cosa: primero publicar, después escribir. Sin embargo, esta noche Cortázar habla con su inconfundible acento gangoso, francés, como el zorrinito enamorado de la Warner. Cortázar habla de sus primeros pasos, desprecia a los escritores que no piensan hacer la revolución, defiende a los escritores de la garcha del boom, critica su *62 modelo para armar* y destroza su *Libro de Manuel*. Yo asiento. Habla de la urgencia

de escribir mientras el mundo tiene que cambiar drásticamente. No hay pasión por la indiferencia: hay ingenuidad y nobleza. Me doy cuenta de que le creo todo lo que dice. Entonces, tapado por la frazada escocesa, solo con mi perra Rita a los pies, me doy cuenta de que estoy llorando. Sí, sí, digo, mientras empino el quinto whisky, Cortázar tiene razón. Quiero que vuelva. Que volvamos a tener escritores como él: certeros, comprometidos, hermosos, siempre jóvenes, cultos, generosos, bocones. No esta vulgar indiferencia, esta pasión por la banalidad, esta ficcionalización con todos los tics de la peor tv de la tarde, los talk shows de Moria, y toda esa mierda. Al octavo whisky lo llamo a mi amigo Santiago y le digo, medio llorando, medio exaltado: Che, Aira nos cagó, la literatura argentina cayó en la trampa de Aira, ¡es un agente de la Cia! Los escritores serios, los grandes gigantes, son mirados de soslayo: ¡reina el viva la pepa! Aira le hizo mucho mal a la literatura, la partió en dos, antes y después de él. De *Operación Masacre* a *Operación Ja ja*.

Rumble Fish: la cantinela eterna de los mitos

para mis hermanos

Teníamos un rito con mis viejos. Cuando me empecé a poner grande y ya no festejaba mi cumpleaños en casa, salíamos los tres juntos y solos (sin mis hermanos, sin nadie) a algún lugar que yo eligiera. El último cumpleaños que festejamos de esta manera fue el de mis 23. Yo había vuelto de un viaje de dos años y estaba contento de estar con ellos otra vez. Me empeciné en que fuéramos a ver *Rumble Fish*, la película de Coppola que en ese entonces daban en un cine de la calle Esmeralda y que era promocionada como una de aventuras juveniles con los galancitos yanquis del momento. *La ley de la calle* era el subtítulo en español. La había visto a la semana exacta de mi regreso sin gloria. Y sabía que no era una película simple de aventuras juveniles. De hecho, creo que nunca antes había salido del cine tan perturbado. *Rumble Fish* contaba una historia lineal, de cabo a rabo y sin complicaciones. Pero también respiraba de fondo un arsenal misterioso (como en los grandes relatos de H. P. Lovecraft) que, de alguna manera, Coppola había logrado sintetizar en sonido, imagen y texto. Cada fotograma de *Rumble Fish* tenía una ontología que lo verticalizaba. Trabajaba, para decirlo en términos de brujería, sobre el nagual y no tanto sobre el tonal.⁽¹⁾ Desde entonces volví a ver este largo y oscuro poema un montón de veces.

Mi papá se durmió por la mitad del film. Mi mamá se angustió y me recriminó que la llevara a ver cosas donde terminaba todo mal. Lo cierto es que durante su corta vida ella y yo pocas veces llegamos a entendernos.

¿Por qué quería que mis viejos vieran esa dichosa película?

Creo que porque *Rumble Fish* surge del territorio de los sueños (donde ahora mora mi madre). Creo también que, si se tratara sólo de una película, la cosa no pasaría de un comentario al margen. Pero *Rumble Fish* es un poema que infecta el cuerpo de una película para traernos noticias del mundo su-